

Más que un Duelo Formal Parecía Fiesta Campestre

Buen Café Para los Invitados. En los Pasillos del Senado se Hizo la Tramitación. La Guagua de Camarioca. Un Rasguño que se Hinchó. Apacibles Guardaespaldas

El acto estuvo muy concurrido. No ofrecieron pastas ni licores pero sí un café negro envidiable. Según nos han contado, esa es una de las virtudes del representante Manuel Benítez. Siempre tiene a disposición de sus invitados una buena cantidad de la aromática bebida criolla.

Así como la historia generalmente se escribe de noche, los duelos se llevan a cabo por la mañana, bien temprano. Los contendientes van al campo de honor con las pestañas cargadas de sueño y la nostalgia de la almohada recién abandonada. Y el encuentro de ayer entre el senador Héctor Pagés y el representante César Casas, no podría ser una excepción.

Pero volvamos la vista para narrar el drama desde su inicio. Pagés Cantón, matancero del Liceo, aficionado a la pesca, ex conservador y hombre violento, ingresó en el PRC hace tres años. Inmediatamente se insertó en la cascabelera tendencia de Diego Vicente Tejera, y palmo a palmo se fué ganando la postulación senatorial a través de su trabajo impulsivo en los comicios parciales de 1946 y luego en la explosiva reorganización que precedió a las lecciones generales de 1948.

En los trajines electorales chocó con el dialéctico César Casas, cuando éste se encontraba en el apogeo de su carrera política. Era Ministro de Comercio de Grau y controlaba cientos de posiciones burocráticas en varias dependencias, especialmente en la Escuela Politécnica de la región yumurina.

Cada vez que Casas escalaba una tribuna y se empeñaba en demostrar lo indemostrable sobre su gestión en el Gabinete, Tejera, Megías, Mendiola y Pagés saltaban

al centro del ruedo con la capa color rojo y la espada del matador. A fuerza de coraje y diabólica estrategia lograron que el distinguido fabricante de fósforos mordiera el polvo de la derrota, viéndose obligado a refugiarse en la columna republicana para llegar al Capitolio.

La desafiante figura de Pagés, su apostura hollywoodesca, siempre chocaron con la sensibilidad comercial de Casas. El ex liberal nunca perdonó al ex conservador.

Y así pasaron los meses. Pagés se convirtió en rentista de la Cordialidad y se hundió en los mullidos butacones del Senado. César Casas, puesto al margen del Palacio, se enroló en el pintoresco alzamiento de Cangrejera. Cofradas de nuevo todas las posibilidades de alcanzar la victoria en el PRC, se dedicó con su pariente Ducassi a nutrir el infimo Partido Unión Progresista con el fin de provocar una guerra de guerrillas en los tranquilos municipios matanceros.

Entonces estalló la tormenta. De unas semanas a la fecha las viejas heridas se fueron abriendo. Los hombres de la tendencia de Tejera y los simpatizadores del eje Casas-Ducassi se bombardearon con declaraciones detonantes. Pero Pagés le puso muy poca carnada al curricán y Casas se hirió profundamente al morder el anzuelo.

Luego, lo de siempre. Durante tres días se habló del propósito del ex rector de Comercio de enviarle los padrinos a su antagonista. EL MUNDO, en la edición del martes 18, aclaró que el senador Pagés —hasta ese momento— no había recibido la visita de los representantes de Casas.

Sin embargo, en la noche del propio martes, caminando Pagés por los pasillos del Senado, fué llamado por los representantes Menelao Mora y Alberto Cruz, quienes le informaron a su correligionario que llevaban la encomienda de plantearle una cuestión de honor a nombre del líder político matancero.



Los arreglos del duelo se efectuaron rápidamente. Tejera y Antonio Martínez Fraga, por Héctor Pagés, aceptaron las demandas de César Casas, y 30 horas después que los padrinos de este último comunicaron sus deseos al senador, ambos estaban con el torso desnudo en la finca de Benítez, en Arroyo Arenas.

Pese a ser muy temprano, como expresamos al principio, la concurrencia era nutrida. A tal extremo que el presidente del Senado, Miguel Suárez, envuelto en una sonrisa burlona, gritó:

—¿Ya llegó la guagua con la gente de Camarioca?

El maestro Rivas, con la solemnidad del momento, situó a los dos gladiadores en posición de combate. Los espectadores fueron discretamente empujados hacia el interior de la residencia y detrás de ella, sobre el césped. Pagés y Casas, acompañados de sus padrinos, del juez de campo y de los presidentes de ambos cuerpos colegisladores, iniciaron la relampagueante lucha.

Pagés se abalanzó sobre su contrincante con velocidad supersónica. Aunque dista mucho de ser un especialista en el manejo del sable, paró un golpe de Casas y dejó caer el arma sin filo sobre su hombro. Segundos después la repriss fué suspendida, iniciándose un discurso de Miguel Suárez. Mientras hablaba el senador villareño, los contendientes jadeaban... y el rasguño de Casas se hinchaba. El lance había terminado. Un apretón de manos puso punto final a la escena.

Al salir de la finca, tanto Pagés como Casas sorprendieron miradas sospechosas en dos señores con sombreros de jipi. Un instante bastó para pensar en un atentado personal. Pero no. Se trataba de dos apacibles guardaespaldas del dueño de la finca, acostumbrados a esos gestos teatrales...

Mundo, oct 21/49.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA